

Del sentido de la vida

Jean Grondin

*Conferencia pronunciada
el 17 de diciembre de 2008*

Forum Deusto

Del sentido de la vida

Jean Grondin

Filósofo Doctor, Profesor en la Universidad de Montreal

Javier Elzo

Buenas tardes y bienvenidos al Forum Deusto. Gracias por venir aquí con el tiempo que hace. Les puedo asegurar que no se van a arrepentir. Tenemos el placer de recibir entre nosotros al profesor Jean Grondin que viene de la Universidad de Montreal. Con él, a su derecha está el profesor Ortiz-Osés, pues gracias a él hemos podido tener entre nosotros al profesor Grondin. Él le conoce mucho mejor que yo y le he pedido que esté aquí con nosotros para que haga la presentación.

Andrés Ortiz-Osés

Buenas noches. No se vayan. No voy a dar yo la conferencia. Pueden seguir sentados. Quiero agradecer al Forum Deusto en la persona de Javier Elzo, nuestro sociólogo, sobradamente conocido y recientemente premiado, el que hayan traído al profesor Jean Grondin. Trajimos hace dos años a Gianni Vattimo, representante de la hermenéutica más postmoderna, más relativista, y traemos como contrapunto amistoso al filósofo Jean Grondin, un hombre más clásico. Tengo que decir que ha sido a través de Santiago Zabala (Potsdam) como realmente ha llegado, a través de nuestro Hermes internacional.

Agradezco por lo tanto al profesor Jean Grondin su presencia. No tuve que convencerle mucho para que viniera. Simplemente le dije que Ortega había estudiado un año Filosofía y Derecho en esta Universidad y que Unamuno había nacido aquí cerca. Pero no tuve que engañarle como a Paul Ricoeur, nuestro común amigo, para que viniera, diciéndole que Deusto procede de «Deus», «dios», y Ricoeur me dijo, como buen lingüista: «mire, señor Ortiz-Osés, creo que esta etimología no es científica». Le contesté: «bueno, quizá Deusto no provenga de Deus,

pero quizá Deus podría provenir de Deusto...» Y entonces aceptó lúdicamente venir a conocer a nuestro grupo hermenéutico, y visitó el Guggenheim algo intrigado.

El profesor Jean Grondin tiene ese toque latino a pesar de ser canadiense, porque es de Québec, por lo tanto tiene simpatía, por una parte, por la cultura hispana o española, y por otra parte, por lo vasco. Estamos aquí en un rincón casi canadiense: el Guggenheim es de un canadiense, Frank Gehry, y la Araña-madre que hace de contrapunto es también de una canadiense, Louise Bourgeois. Así que bienvenido y bienvenidos ustedes y vosotros. Veo mucho público, así como viejos amigos y también amigos viejos, es cosa de la edad. Parafraseando al gran jesuita aragonés Baltasar Gracián, de un modo heterodoxo o torticero/orticero, diría yo, «los muchos, si buenos, dos veces buenos».

Jean Grondin es el heredero de la hermenéutica contemporánea, y ciertamente sólo es un desconocido para los desconocidos. La hermenéutica intenta buscar esa interpretación capaz de comprender el sentido de lo real a través del diálogo democrático. Mientras que para algunos como yo mismo la hermenéutica es un poco un pretexto para interpretar simbólicamente, para otros como Vattimo es un modo de transformación crítica de lo real. Pero para el profesor Jean Grondin la hermenéutica es un texto a salvaguardar. Como decía Juan M. Almarza, Grondin es «el pastor del ser», el que trata de conservar el texto o textura de lo real; naturalmente, articulándolo o sistematizándolo, cosa que aquí otros como yo mismo no somos tan capaces de realizar, por eso le hemos traído para poder aprender. Por cierto, el filósofo canadiense me ha pedido excusas por hablar un español que yo creo excelente, pero lo mismo podríamos nosotros pedir excusas por no hablar el francés bello de su lengua materna.

El profesor Grondin tiene poco más de medio siglo, y es profesor de Filosofía en Montreal. Filósofo humanista, hizo la tesis con H.G. Gadamer, y tiene una serie de libros publicados en Herder muy interesantes: *Introducción a la Hermenéutica*, *Introducción a la Metafísica*, *¿Qué es hermenéutica?*, así como su libro sobre Gadamer y *Del sentido de la vida*, un tema que hoy nos va a interesar especialmente. Su posición es precisamente recuperar los clásicos: Sócrates, Platón, Aristóteles, Kant, Heidegger... Y reinterpretar o reconstruir la metafísica, es decir, la cuestión de la verdad, la cuestión del sentido, frente a la postmodernidad relativista a la que él critica desde una posición no sé si llamarla conservadora, en el sentido positivo del término.

Quizá lo más interesante de su posición sea la visión del sentido no como un mero constructo humano, no como una mera invención arbitraria humana. El sentido, nos dice, no es inventado, sino que es *sentido*, en diálogo con la realidad. Tenemos ante nosotros a un filósofo de raza, yo diría de buena raza, y no como otros que somos de mala raza, y por lo tanto al final espero que tengamos un diálogo con él importante. En su obra el autor nos habla de una ética basada en el anhelo del bien, recuperando la búsqueda clásica del bien como el motor de la existencia, y el horizonte del sentido compartido. Con ustedes, Jean Grondin. Muchas gracias.

Jean Grondin

Buenas tardes a todos y espero que oigan bien, sino tendrán que hacer una seña y trataré de hablar más alto. Es un verdadero placer y un gusto para mí el poder estar en su País Vasco. Naturalmente, cuando uno viene de la provincia de Québec uno tiene, como decía Andrés Ortiz, una empatía, una simpatía natural y espontánea con las aspiraciones del País Vasco. Entonces, estamos aquí entre amigos, entre íntimos, y eso crea entre nosotros una solidaridad, una amistad que tal vez ayude a excusar mi castellano. Lo siento muchísimo, pero aquí voy a maltratar su idioma. El castellano es para mí una lengua, un idioma muy exótico y naturalmente uno nace con el francés y el inglés como lenguas maternas y mi idioma de trabajo es el alemán, más o menos, y el castellano es un idioma que hablo en mis sueños, no tengo costumbre de hablarlo y se va a notar, naturalmente, que tengo límites muy claros. Muchas gracias por su amabilidad y su amistad.

Pero esa amistad, esa intimidad entre nosotros espero que nos ayude porque voy a hablar de una pregunta bastante íntima que me ha sido propuesta por mis anfitriones. Es la pregunta por el sentido de la vida, del sentido de la vida. Eso me gusta porque no quiero presentar *el* sentido de la vida o dar una respuesta demasiado definitiva. Quiero hablar *del* sentido de la vida en el sentido partitivo de la palabra. Hay muchas cosas que se pueden decir del sentido de la vida. Lo primero que quiero decir es que es una pregunta que me apasiona desde siempre y que me ha incitado a estudiar filosofía. Ha sido para mí la pregunta decisiva de mi vida. Hay que descubrir este sentido de la vida antes de hacer cualquier otra cosa, y por eso estudio filosofía desde hace no sé cuántas decenas de años. Para mí esta es la pregunta decisiva de la Filosofía.

Pero debo confesar que estudiando filosofía me quedé un poco desilusionado, decepcionado con los filósofos, porque los filósofos de profesión hablan muy poco de esa pregunta. Hablan muy poco de esa pregunta porque es una pregunta que desdeñan. Cuando hablo con filósofos de esa pregunta, se sonríen, dicen que es una pregunta rara. Dicen que no es una pregunta científica, que no permite una respuesta de la ciencia dura. Y dicen que no quieren entrar en competencia con la psicología popular, que trata de esa pregunta, casi al límite de lo esotérico. Y los profesionales de la filosofía dicen que ese es un tipo de gente que no quieren frecuentar, una mala compañía, como tal vez se podría decir.

Y hay otros filósofos que dicen que la pregunta está mal planteada, o mejor, que no tiene sentido. Y yo les digo, bueno, si la pregunta no tiene sentido, ¿cómo habría que plantearla? ¿Cómo búsqueda de felicidad, de orientación, de algo así? Pero la pregunta hay que plantearla. Y es lo que quiero hacer, plantearla de modo filosófico. Porque a mi parecer, se plantea con excesiva parquedad, muy poco, para mi sorpresa y sorpresa de todos, esa pregunta sobre el sentido de la vida, fundamental para la filosofía. Porque, ¿quién habla del sentido de la vida? Son más bien los líderes espirituales por ejemplo. Hay un libro bastante bueno del Dalai Lama sobre el sentido de la vida que ha vendido millones de ejemplares. Hay psicólogos que hablan del sentido de la vida, hay sociólogos que hablan del sentido de la vida basándose en informes, en encuestas donde se pregunta a la gente ¿qué es el sentido de la vida para usted: es la felicidad, es el honor, es el dinero, el reconocimiento, el placer? Hay pastores que hablan del sentido de la vida, figuras religiosas. En los Estados Unidos, por ejemplo, hay un pastor evangelista, que se llama Rick Warren, que ha escrito hace poco tiempo un libro bastante famoso. Su libro se titula «The Purpose driven Life», la vida dirigida por una finalidad cualquiera. Ha conseguido un gran éxito con este libro; es una persona muy famosa en los Estados Unidos. En la campaña electoral, por ejemplo, moderó un debate entre McCain y Obama, precisamente sobre esa pregunta. Les preguntó a McCain y Obama sobre esas cuestiones fundamentales. Y aquí digo, ¡bueno!, por lo menos alguien lo hace, por lo menos hay gente que se ocupa de esas preguntas. Pero cuando los filósofos lo hacen, los filósofos de profesión, las desdeñan. En Francia hay casos notables de autores como Luc Ferry o tal vez Savater en España que tratan de plantear esas preguntas de manera más sencilla, pero son vistos por los filósofos de profesión como filósofos mediáticos que buscan los micrófonos, buscan la popularidad y entonces la filosofía «profesional» se desen-

tiende de esas preguntas. Esa filosofía no me interesa porque yo creo que esa pregunta debe ser planteada. Lo que quiero hacer esta tarde con ustedes es abordar esa pregunta discutiendo tres preguntas. Este es mi plan, el plan que les propongo y que servirá para preparar mi conclusión:

- ¿de dónde sale la pregunta, de dónde viene?
- ¿qué se busca cuando se pregunta por el sentido de la vida? ¿de qué tipo de sentido se trata cuando uno habla del sentido de la vida?
- y la tercera y última parte, ¿cómo responder a esa pregunta?

Voy a tratar de brindar, dentro de mis límites seguramente y con los límites de mi castellano, una forma de respuesta que hay que elaborar.

La primera pregunta entonces era ¿de dónde viene esa pregunta? Hice algunas investigaciones históricas, algunas investigaciones sobre las raíces de esa pregunta. ¿Cuándo nació esa pregunta del sentido de la vida? Aquí mi sorpresa fue descubrir que la pregunta por el sentido de la vida es una pregunta bastante reciente. Una sorpresa porque la gente piensa normalmente que todos los filósofos, que toda la humanidad, se ha preguntado siempre sobre el sentido de la vida. Y no es verdad. La pregunta sólo aparece en la segunda mitad del siglo XIX, alrededor del año 1875. Se sabe que antes existía el equivalente de esa pregunta pero se planteaba con otros términos, con otras formulaciones, formulaciones más clásicas que puedo recordar porque se presuponen en las respuestas a la pregunta sobre el sentido de la vida. Por ejemplo hallamos la búsqueda de la felicidad en Aristóteles. Aristóteles dice que todos los seres humanos buscan naturalmente la felicidad. La felicidad, o la tranquilidad de espíritu, como se encuentra por ejemplo en la obra de Agustín: tengo un corazón inquieto y busco la tranquilidad, busco la calma. La respuesta es una sabiduría religiosa, naturalmente en el caso de Agustín, y en otro caso interesante y, a mi parecer la mejor aproximación a la pregunta sobre el sentido de la vida, es la pregunta que nace un poco más tarde sobre el *fin* del ser humano, sobre la finalidad del ser humano. Se encuentra por ejemplo en la obra de Santo Tomás. Santo Tomás empieza la segunda parte de su *Suma de Teología* discutiendo sobre lo que llama el fin último (*de ultimo fine*) del ser humano. ¿En qué consiste este fin último? La respuesta de Santo Tomás es clásica: el fin del ser humano es la *beatitudo*, la felicidad. ¿Y en qué consiste esta beatitud? Su respuesta es hermosa y me-

rece la pena ser recordada: la beatitud humana consiste en la visión de Dios, la *visio beatifica*.

Bueno, yo no tengo visión beatífica qué ofrecer. Todavía no he encontrado desgraciadamente esa visión. Pero esta respuesta presupone esa concepción que viene de Aristóteles, que se mantiene hasta el siglo XIX, que sostiene que hay una finalidad en la existencia humana y que esta finalidad es la búsqueda de felicidad. Las únicas preguntas que se plantean son entonces en qué consiste la felicidad, cuáles son sus elementos, si la felicidad se puede lograr en esta vida, se puede perseguir en esta vida y todo eso.

La pregunta por el sentido de la vida presupone de alguna manera que este horizonte ha caído. Ha caído en el siglo XIX con la difusión de la ciencia moderna, por supuesto, con el éxito de la revolución industrial que pone en duda la idea según la cual los seres del mundo tendrían una finalidad.

La ciencia se entiende como un estudio de las regularidades de los fenómenos, no es un estudio de las finalidades de los seres. Un estudio de las regularidades de los fenómenos que deja abierta una nueva pregunta. Esa pregunta que se plantea en el siglo XIX y que no existía mucho antes es: ¿merece la pena vivir? ¿la vida conduce a algo o no? Esta es la nueva pregunta que presupone el absurdo posible de la vida. Esa es una experiencia que antes no había como tal. Es aquí donde nace la pregunta por el sentido de la vida. ¿La vida humana es, como decía Jean-Paul Sartre, una «pasión inútil» o conduce a algo? Esa es la pregunta por el sentido de la vida que presupone como posibilidad el absurdo de nuestra existencia.

En consecuencia, la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida es una respuesta al absurdo que amenaza nuestra existencia en sí. No voy a decir más sobre el origen de la pregunta. Por supuesto que se podría desarrollar históricamente mucho más, pero yo quiero ahora avanzar un poco más.

La segunda pregunta que quisiera discutir es *qué* se busca exactamente cuando se habla del sentido de la vida, o, si se perdona la formulación demasiado filosófica, en qué consiste el sentido del sentido. Mi apuesta es que la clarificación del sentido ayudará luego a responder qué se busca cuando se habla del sentido de la vida.

Sentido es una palabra que me encanta, que tiene muchos significados preciosos que quiero destacar rápidamente y aplicarlos a nuestra pregunta por el sentido de la vida. Creo que aquí el castellano y el

francés hablan del *sentido* casi en el mismo sentido. El primer sentido del *sentido* es lo que se podría llamar el sentido direccional. El sentido, tanto en castellano como en francés, caracteriza una dirección, la dirección del movimiento. Se habla, creo, del sentido del viento, del sentido de las agujas de un reloj, un sentido que va en una cierta dirección, de sentido único, del sentido de una corriente... El sentido es algo que va en una cierta dirección, como nuestra vida, por supuesto. Nuestra vida es un movimiento, una extensión entre el nacimiento y la muerte. Este es nuestro camino, esta es nuestra corriente, si se puede decir. Y la pregunta que se plantea es adónde conduce ese sentido, ¿conduce a algo, a nada?, ¿conduce a esperanzas o no? Ese es el sentido direccional que ayuda a entender que ya hay esa dirección inherente a la vida misma.

Hay un segundo significado del sentido, que es el que yo llamo el sentido significativo. El sentido es lo que las cosas quieren decir. Es decir, cuando no conozco el significado de una palabra busco su sentido en el diccionario y cuando lo encuentro, entonces puedo utilizarla. De ese modo, el sentido es la interioridad de una palabra, es lo que ella lleva. Un acontecimiento, por ejemplo. Se puede hablar del sentido de un acontecimiento, de lo que significa. Aquí hay otros idiomas que tal vez son más ricos que los nuestros. En inglés, por ejemplo, se hace una distinción, en este punto, entre *meaning* y *purpose*. El sentido es el *meaning*, lo que algo significa, lo que algo trae, lo que algo lleva, mientras que el *purpose* es la dirección también, el fin de un significado. Quiero aprovechar este doble sentido en inglés para decir que el sentido significativo de la vida es un sentido que ya hay en la vida, que trae la vida y que la atrae como una finalidad, como un *purpose* puede dirigir a alguien hacia algo, puede agrupar en torno a algo. Entonces el segundo sentido del *sentido* es el sentido significativo. Y la pregunta que tendremos que plantear aquí es saber si el sentido significativo de la vida es algo que debemos inventar o construir o si se trata más bien de un sentido que ya está, que ya hay en la vida y que hay que descubrir.

Pero antes de llegar a eso quisiera destacar un tercer sentido del *sentido*. Es mi preferido. En esto el castellano es muy hermoso. El sentido no es solamente la dirección del movimiento o el significado que trae algo, el sentido es también la capacidad de captar algo. Es lo que llamo el sentido *sensitivo*. El sentido es aquí la capacidad de *sentir* el *sentido*. Se habla, por ejemplo, de los cinco sentidos, que son nuestras ventanas al mundo. Nuestros cinco sentidos, el gusto, el tacto, el olfato, el oído... son la capacidad que tenemos de sentir las cosas. Y se usa, naturalmente, el sentido sensitivo, en un modo metafórico cuando se habla del sentido del tacto, del sentido de lo con-

veniente, el sentido de las cosas: hay gente que tiene sentido para el vino, para la música, que desgraciadamente me hace falta... es la capacidad de apreciar las cosas, acogerlas y degustarlas. Lo que me impresiona es que lo que se aprehende con los sentidos es siempre un sentido que ya hay en las cosas. Cuando yo degusto una naranja, degusto una naranja misma, o una manzana, cuando percibo el sentido de una corriente, es la capacidad que tengo de sentir un sentido que ya hay, que ya está en las cosas, en la realidad.

Entonces, el sentido es la capacidad que tenemos de degustar, de saborear la vida. Esto es muy importante para el sentido en realidad, porque si alguien me preguntase en qué consiste mi respuesta al problema del sentido de la vida, yo diría que el sentido de la vida consiste en la capacidad de abrir sus sentidos al sentido de las cosas. Esto es lo que podemos hacer. Podemos saborear, disfrutar, el sentido. Se dice, por ejemplo, cuando alguien muere, que le gustaba vivir, es decir, que tenía un sentido para la vida, tenía la capacidad de disfrutar de la vida. Este es el sentido sensitivo, nuestra apertura sensitiva a las cosas.

Hay un cuarto sentido que deriva de este pero que como filósofo quisiera destacar también. Se habla también del sentido de un modo más reflexivo, de alguna manera más juiciosa. Se habla tal vez también en castellano de una persona con buen sentido. O en francés se dice «à *mon sens*», según mi sentir. Aquí, el sentido connota una apreciación reflexiva en la que se mezclan la naturaleza, la experiencia, el instinto, una apreciación reflexiva de las cosas que yo hago colindar con la filosofía misma. La filosofía debe desarrollar o contribuir a desarrollar este sentido reflexionado de las cosas.

Entonces tenemos esos cuatro sentidos de la vida que quiero pensar juntos, que quiero conjuntar: el sentido direccional de nuestra vida, nuestra vida tiene una dirección, una orientación; se pregunta en segundo lugar si esa dirección tiene un significado, si hay algo que la atrae, algo que la lleva; en tercer lugar el sentido designa nuestra capacidad de sentir este sentido, nuestra capacidad de sentir las cosas, de abrir nuestros sentidos al sentido, y, en cuarto lugar, la filosofía en sí misma es el desarrollo de la explicación, de la justificación también, eso no quiero olvidarlo, de una apreciación reflexiva de las cosas, de cómo las podemos sentir.

Tras esta clasificación espero que esto nos ayudará a responder a la pregunta. ¿Cómo responder a esa pregunta, cómo saber si el sentido que podemos sentir en las cosas, el sentido que podemos desarrollar

de la vida, ¿Cómo hay que contestar, cómo hay que responder a esta pregunta sobre si la vida tiene un sentido?

Naturalmente, si uno quiere responder debe hacerlo con toda humildad, claro, porque es muy presuntuoso pretender tener una respuesta fija a esa pregunta. Seguramente tampoco haya una respuesta de catecismo a esa pregunta. Recuerdo cuando estudiaba en mi juventud, que teníamos un libro para los alumnos y el maestro tenía un libro en el que se hallaban todas las respuestas. Nosotros no teníamos las respuestas en nuestros libritos, esas estaban en el cuaderno del maestro, y nuestra esperanza secreta era siempre robar el cuaderno del maestro para ver en qué consistía exactamente. Para el sentido de la vida no hay una respuesta en el cuaderno del maestro. Después de una conferencia sobre este tema la pregunta quedará, seguramente. Y quedará porque esa pregunta solicita, necesita un compromiso, necesita un diálogo interior de cada uno que yo no puedo sustituir.

En cualquier caso, ¿la vida tiene sentido o no? Aquí hay una alternativa, ¿sí o no? Si no tiene sentido, entonces qué cansado, qué pesado es vivir, ¿cómo se puede vivir? ¿cómo se puede vivir si no hay sentido? Por eso yo digo que tengo un prejuicio favorable, lo confieso, a la idea de que hay un sentido en la vida. Porque pienso que la gente que niega que haya un sentido en la vida ya lo presupone al negarlo, porque sólo se puede negar que haya sentido en la vida si se tiene la *expectativa* del sentido. Es como si yo digo que la historia o un texto o una institución no tienen ningún sentido. Lo digo porque espero que lo tengan. En consecuencia, el sentido es algo que siempre está presupuesto en nuestro actuar, en nuestro pensamiento, en nuestro horizonte. Esa expectativa del sentido es la que debe ayudarnos a ofrecer una respuesta a esa pregunta. Y la otra alternativa que aquí me planteo es saber si el sentido de la vida es algo —el profesor Andrés Ortiz ha aludido a eso— que debemos introducir en la vida, construir, ¿pero a partir de qué?, o si es algo que podemos descubrir en la vida, si es algo que podemos reconocer con nuestros sentidos en la vida misma.

Tiendo a pensar aquí también que las concepciones hodiernas del sentido de la vida son muy constructivistas. Presuponen que la vida no tiene nada de sentido, que el sentido siempre tiene algo que ver con nuestras construcciones, con nuestra educación, con nuestro bagaje cultural, con nuestros sistemas lingüísticos y todo eso. En este caso el sentido tendría que ver completamente con una construcción lingüística, no sería nada más que eso. ¿Pero es verdad que el sentido resulta de una construcción y además de una construcción nuestra?

Recuerdo un día, estaba sentado en mi jardín, en Canadá, sería verano porque eso sólo puede hacerse algunas semanas durante el verano. Estaba leyendo en mi jardín un libro sobre las construcciones del sentido, que el sentido sólo se da en las construcciones del lenguaje, etcétera. Un libro muy aburrido, en realidad. Y estaba mirando al jardín de mi vecina, donde me impresionaron, como en una visión o en un sueño, unas flores, unos girasoles. Los girasoles, el nombre lo indica, se giran mirando el sol. Y mirando eso he descubierto, tal vez leído, que miran el sol. Y me he dicho, ¡por Dios, qué movimiento más sensato! Hay un movimiento de la flor hacia el sol que no tiene nada de construido, que lo hace la flor por sí misma. La flor siente algo, algo, no sé qué, no soy científico, pero algo que conduce a la flor para su supervivencia a girarse hacia el sol, porque eso es mejor para la flor. Por tanto, hay sentido ya en la vida, hay capacidad de sentir el sentido en la vida, ya hay movimiento sensato en la vida. Desde ese momento siento y descubro la misma experiencia.

Quiero compartir con ustedes algunas de esas experiencias que vienen de mi mundo, de mi propia experiencia, pues tal vez se puedan beneficiar también de ellas. Otro ejemplo que me impresiona: en Canadá tenemos, como se sabe, gansos famosos, los gansos canadienses. Cuando llega el invierno se van al sur. Se les llama aves de paso o algo así en castellano. ¿Qué hacen las aves de paso? Mi país es un poquito frío en invierno así que las aves se van al sur. Ese es un movimiento muy sensato. Hay ahí un movimiento con dirección, una dirección muy significativa, porque tiene mucho sentido irse al sur durante el invierno y no solamente para las aves. Van al sur y sienten que tienen que ir, no sé cómo, pero hay algo en las aves de paso que les impulsa a irse en invierno al sur. Es, como digo, un movimiento muy sensato porque seguramente la progenie de las aves no podría sobrevivir al invierno, no se podría alimentar, así que tienen que irse desde Canadá hasta Tierra del fuego, un viaje de veinte o treinta mil kilómetros, y se podría pensar que es un viaje loco, pero es muy sensato.

Un último ejemplo de mi país, no sé si será conocido, es lo que hacen los salmones del río Mackenzie. Son salmones que nacen en un lago, en la Columbia británica, pero no pueden alimentarse mucho tiempo en el lago de agua dulce, y por eso descienden por el río hasta el mar, donde viven algunos años y donde pueden alimentarse y nutrirse. Pero a finales de su vida, no sé bien por qué, vuelven a su lago de origen, de agua dulce. Lo hacen para dar a luz a su progenie. Seguro que su progenie no podría sobrevivir en el mar. Serían devorados o algo así. Hacen este viaje, el mismo que hicieron al inicio de su vida,

para regresar a su lago de origen. Es un viaje muy triste este que hacen, muy patético. Tienen que saltar contracorriente y muchos osos los esperan para comérselos. Pero se arriesgan en el viaje para regresar a su lago de origen donde dan a luz a su descendencia que nace en condiciones que permiten su supervivencia. Los adultos mueren y se desintegran y sus pequeños se alimentan del plancton y de esa carne que se deshace y les nutre permitiéndoles sobrevivir, y el ciclo de la vida sigue.

Aquí veo las componentes del sentido que hemos distinguido antes. Hay una dirección hacia algo, hay un movimiento sensato y una capacidad de sentir lo sensato. Y se trata seguramente de un sentido que la naturaleza dota a las cosas, que no tiene nada, pero nada de construido, ya es así la naturaleza. Es una aspiración natural muy significativa porque es esencial a la supervivencia de las especies, y hay una capacidad de sentir, no sé exactamente cómo se hace pero como las aves de paso, como los salmones del Mackenzie y como muchos ejemplos del mundo natural, hay una capacidad de sentir.

¿En qué consiste este movimiento? Mi respuesta, provisional, naturalmente, de filósofo que mira y admira esas cosas es que en toda vida hay una aspiración a lo que llamo la sobre-vida. No solamente la supervivencia. La sobre-vida es la mejor vida. Cada ser, si se puede hablar así, busca lo mejor para sí, para sus congéneres, para su comunidad. Siempre hay esa aspiración a lo mejor que llamo una aspiración a la sobre-vida, y que hace del movimiento inherente a la vida misma un movimiento con sentido. Yo digo aquí que este movimiento con sentido que ya caracteriza a la vida es un movimiento que no tiene nada de construido, pero que puede ser reflexionado a nivel humano. Los seres humanos pueden reflexionar sobre este sentido de dirección, de significado y esa capacidad de sentir dónde estará esa sobre-vida. En el nivel humano, por decirlo sencillamente, espero, el sentido de la vida se lleva a la conciencia, encuentra formas de elaboración, de formulación a través de símbolos, tenemos aquí en Andrés Ortiz-Osés un gran especialista en símbolos en los que se presenta este sentido de la vida, en las grandes obras de la cultura, las grandes obras de arte, las grandes religiones también, todas ellas atestiguan que hay un sentido ya en las cosas. Pero en mi opinión, es cierto que hay esa reflexión humana sobre el sentido que hay en las cosas y en la naturaleza, pero el sentido no *depende* de esa reflexión que hace el ser humano. Sería muy presuntuoso decir que el sentido dependería de nosotros. Es claro que podemos llevar este sentido a la conciencia. De ahí procede la idea presuntuosa de que el sentido dependería de esta reflexión nuestra. Sí y no.

Nuestra reflexión sobre esa pregunta no es nada más que la reflexión sobre un sentido que ya hay. Ya hay sentido en la vida y podemos entenderlo, podemos explicarlo, admirarlo, formularlo (tal vez negarlo, pero eso presupone también una expectativa de sentido). Tenemos esa capacidad eximia de entender el sentido de las cosas. Quiero recordar en este punto unas palabras muy famosas de Albert Einstein que será conocido por todos, naturalmente. Einstein decía que lo único incomprendible es precisamente que el mundo sea comprensible. ¡Pero lo es! Podemos comprenderlo, podemos entenderlo. Podemos descubrir este sentido de la vida. Podemos entender las razones que ya están activas en la vida. Y, entre nosotros, de verdad, ¿quién no se ha parado a fijar su mirada sobre este sentido de las cosas? Por ejemplo cuando se mira una flor, un ser, descubrimos toda una riqueza de sentido, como cuando suena un órgano humano, un corazón. Mi padre era médico. Tenía esa formación directa en medicina y contaba lo complicado que es el funcionamiento del corazón. Muy complicado, porque son dos ventrículos y dos aurículas y la sangre que llega por un lado, se va al pulmón y vuelve, etc., ¿qué sentido hay en todas esas cosas? Hoy día hay gente que trata de inventar un corazón artificial. Funciona más o menos bien pero es muy difícil imitar esa obra de arte que ya está ahí, que ya hay en la naturaleza.

Pero el caso es que hay ese sentido, que ya está dado en las cosas, y podemos sentirlo, apreciarlo, saborearlo. Por tanto hay una dirección, y hay cosas, hay un significado y hay cosas, hay una capacidad de sentir esa dirección y de extraer algunas conclusiones.

Bueno, llego a las conclusiones. Hay algo con un sentido en la vida, que no tiene nada de construido, que no tiene nada que ver con nuestros sistemas de construcción lingüística. Y los ejemplos llueven en este sentido. Cuando un niño nace, tras unos minutos, grita. Eso tiene sentido. Quiero beber, quiero comer, quiero que te ocupes de mí... y todo el mundo lo entiende. Todos entienden qué quiere decir. Hay un grito natural que surge en la vida misma, que tiene sentido, que quiere decir algo y hay que reaccionar ante él. Hay que hacer algo para satisfacer al pobre crío. Yo desconfío por completo de la idea según la cual el sentido debería ser inventado, debería ser construido por nosotros. ¿pero a partir de qué? ¿desde dónde? Hay que intentar dar este sentido desde el que ya hay en las cosas, que grita desde ellas, esto es lo que quisiera decir (y gritar).

¿Qué pensar del sentido de la vida misma? ¿La vida misma tiene sentido o no, a la luz de la gran pregunta de la cual hemos partido, del

absurdo potencial de la vida? Al final de una charla pueden abordarse lo que se llaman las preguntas últimas, sobre el sentido de la vida, ¿la vida es todo lo que hay? ¿hay algo después de la vida? Estas son las preguntas que se plantean cuando uno quiere hablar del sentido de la vida. ¿Cómo responder a esas preguntas? Como decía, la filosofía hoy día ha abandonado muchas de esas preguntas para hablar de otros temas que tienen mucha menos importancia. ¿Pero cómo abordarlas si no se hace partiendo de una doctrina religiosa, de una religión o una confesión? Aquí lo primero que hay que decir es que nadie lo sabe con seguridad. En este dominio no hay certeza. La respuesta honorable aquí es que lo ignoramos. *Ignoramus* se decía en latín a propósito de Sócrates. Pero hay otro elemento que me gusta en la respuesta de Sócrates a esa pregunta. Sócrates dice no lo sé, pero en toda mi vida, en todo lo que he hecho, en todo lo que he encontrado he visto esa aspiración al bien, he reconocido algo como esa tensión que reconoce que todo lo que hacemos tiene sentido. Hay un gran sentido ya en las cosas. Por eso, dice Sócrates, mi gran esperanza, mi *megale elpis* dice en griego, es que esta esperanza —traduzco— del sentido de la vida que he encontrado siempre en mi experiencia nutre, alimenta, mi expectativa de que la vida misma tenga sentido. Entonces, la idea de Sócrates que quiero retomar aquí aplicándola a una pregunta, a una situación muy paradigmática, es esa idea redescubierta de la evidencia del sentido que ya hay en las cosas, del sentido que podemos sentir, del sentido que podemos presentir, del sentido que podemos casi olfatear, es algo que nos regala una forma de esperanza que consiste en que nuestra vida tenga sentido, pero para eso tendrán que abrir sus sentidos al sentido que ya hay en la vida.

Les agradezco su atención.

Coloquio

Javier Elzo

Andrés, podrías comenzar tú mismo, aunque reservo mis dudas.

Andrés Ortiz-Osés

Bueno, en primer lugar quisiera felicitar al profesor Grondin. Yo, en primer lugar, hablaría de «Sinnlichkeit» en alemán, pues me encanta la sensibilidad del profesor Grondin, tal como escribe, tal como habla, y sobre todo quisiera resaltar una cosa que me parece muy importante

y que quiero decir muy seriamente: en un contexto efectivamente tan escéptico, tan nihilista, que alguien como él, con autoridad, hable finalmente de la aspiración al bien, de positividad, de que hay un sentido y que no es un mero invento humano ni algo arbitrario, me parece no solo de una valentía personal sino también intelectual, y además muy necesaria.

Pero como sucede siempre, quizás esto sea sólo la mitad de la cuestión. El caso es que a menudo nos encontramos con filosofías muy pesimistas. Ha citado a Sartre, podríamos citar también a Schopenhauer y a otros, y luego nos encontramos con estas otras filosofías positivas, optimistas. ¿No son dos extremos? ¿La realidad no es dual, dialéctica, buena y mala, sentido y sinsentido? Es decir, yendo un poco más al grano y habiéndome encantado la conferencia, creo que es verdad, que hay un sentido ínsito en la realidad, si se quiere, sobre ello dialogaremos en nuestro coloquio de mañana, pero claro, junto al sentido también hay ínsito, y con la misma fuerza o más a menudo, el sinsentido, la macabrez, la oscuridad, la muerte, el mal. Así que junto a la expectativa está la no expectativa. Efectivamente los salmones saben hacia dónde caminar, pero a los salmones se los comen los osos en una orgía cruel. Veo desde hace dos años el programa internacional Natura, y estoy sobrecogido al respecto. No me podía imaginar la crueldad de la naturaleza: los tiburones asaltando bancos de peces, la naturaleza con sus tsunamis, terremotos y maremotos, los animales matándose, las bolsas y bancos económicos que caen, el terrorismo, la destrucción y la muerte.

Así que claro que hay esa aspiración al bien, a la vida y a la supervivencia, pero también se da una aspiración hacia una especie de infravida, la negatividad, el mal... Es verdad que el niño grita al nacer, sí, pero no baila la jota, ni canta un zortziko, ni baila un vals. Grita precisamente y es un grito muy ambivalente. Es positivo por una parte el gritar, pero también resulta negativo, aterrador, por lo que se encuentra en este mundo. Así que hay una aspiración al bien y una aspiración hacia el mal. Estoy totalmente de acuerdo, sin embargo, en que la salida está efectivamente en esa *elpis* socrática, *megale elpis*, en esa gran esperanza, en esa gran apertura, en el dejar las puertas abiertas y no cerradas. Yo hablaría sin embargo de que hay sentido, sí, pero atravesado de sinsentido. De que el mundo, como dice Einstein, es comprensible, sí, pero no transparente, no sólo comprensible, sino también absolutamente incomprensible. Esta sería mi posición y mi pregunta por si usted quiere aclararla o replantearla.

Sí, claro. Con toda seguridad hay mal. Pero la capacidad de sentir el mal es algo que debe estimular nuestra aspiración al bien. Y es que la experiencia del sentido que hacemos ha dado origen a la esperanza de un mundo humano, siempre con más sentido. Donde se da el mal, el sufrimiento, podemos hacer algo. Podemos cambiar algo. No vamos a hacer un mundo perfecto, paradisíaco, eso seguro, pero algo se puede mejorar. El mal no debe tener la última palabra. Porque el pesimismo, en mi opinión, y esto lo retengo de mi maestro, Gadamer, es un optimismo que se ignora. ¿Cómo? Gadamer lo que decía es que el pesimista es alguien que siempre dice: «todo va a salir mal», un «*Miesmacher*» se diría en alemán, no sé cómo se diría en castellano. Es alguien convencido de que todo va a peor, como quien antes de un examen dice «vaya, voy a suspender»; o como quien dice que el equipo de Bilbao va a jugar contra el Barcelona y está convencido de que va a perder. ¿Por qué lo dice? Lo dice en el intento de engañarse a sí mismo, con la esperanza secreta del bien. Cuando digo que no voy a aprobar el examen, espero en secreto que todo va a salir bien. Entonces bajo las expectativas. Eso hace el pesimista.

Ahora se habla tanto de la crisis económica. Todo va a peor, todo va mal, la crisis... Y sí, es verdad. Pero la esperanza de todos es que se pueda hacer algo para salir de la crisis. Y no hay nadie que no piense que no vayamos a salir de la crisis de algún modo. No es la primera. Produce desempleo, sufrimiento y todo eso. Claro. Pero hay la esperanza de que podamos hacer algo, de que podamos intentar algo. Y eso viene de nuestra capacidad de configurar el bien.

Usted ha evocado este ejemplo del tsunami. Voy a decir algo que puede sonar muy raro sobre el tsunami del 26 de diciembre de 2004 que causó 300 mil muertos. Una tragedia. Una de las mayores tragedias, sin duda. Pero hay una cosa que he notado: en esa carnicería había muy pocos animales. Casi ninguno. Esto se nota cuando hay terremotos, cuando hay catástrofes naturales. ¿Por qué? Porque los animales, las vacas, los caballos, han sentido venir la catástrofe y huyeron hacia las colinas o las montañas unas horas antes. Esto es importante para mi filosofía. Tienen una capacidad de sentir las cosas que tal vez sea mucho más desarrollada que la nuestra. Nuestros sentidos están subdesarrollados. Los animales sintieron llegar la catástrofe e hicieron algo muy sensato: huyeron. Y nosotros, con nuestras máquinas de precisión y nuestros mecanismos técnicos no tenemos esa capacidad de los animales de sentir las cosas. Y aquí pregunto a todo el mundo

aquí: ¿este sentido tiene algo que ver con nuestra construcción lingüística? Seguramente que no. Tiene que ver con la capacidad de sentir las cosas, de sentir el mal y de hacer algo contra eso, de hacer algo contra eso, ¿no? Aquí hay un mal, y el animal siente muy bien lo que es bueno para él, siente muy bien lo que debe de hacer. Los animales son grandes educadores del sentido de la vida, de la capacidad que tenemos de sentir lo que hay en las cosas. Tenemos mucho que aprender de ellos, como decía otro filósofo, Nietzsche.

Javier Elzo

Bueno, tengo algo así como varios papeles de preguntas de los asistentes. Muchos coinciden. Algunas cosas se repiten y van en el sentido de lo que acaba de decirse ahora. Por ejemplo, «dos terceras partes del planeta está en la pobreza. ¿Cómo se explica si hay un sentido de la vida hacia una vida mejor?» Es un poco lo que ya se ha dicho. También tengo otras cuestiones que van en el mismo sentido pero con algún matiz: «Dice que en la naturaleza no hay nada construido y relaciona ese orden con unas leyes que sigue de acuerdo con el sentido. Pero todo ha sido sometido a algún tipo de evolución. Lo cual quiere decir que el sentido que ha tenido la naturaleza no ha sido siempre el mismo. ¿Dónde encaja esto con su actitud positiva ante el sentido que hay en las cosas?» Y tengo aquí otra pregunta que viene a decir lo mismo: «¿El sentido puede ser evolutivo? Según sus últimas palabras, ¿el sentido alimenta el sentido?». ¿Quiere decir algo sobre este asunto?

Jean Grondin

Bien. Es seguro que las cosas evolucionan. Creo que la tesis de Darwin es precisamente que el mejor sobrevive. El mejor gana. Por tanto hay una aspiración de la vida a lo mejor. Eso hay. Ese es el sentido que ya hay en la vida. Si una jirafa nace con un cuello muy grande que le permite comer las hojas más altas, entonces hay una racionalidad de la naturaleza, hay una racionalidad en la evolución. Entonces eso confirma que el mejor sobrevive. Tal vez es cruel, pero seguramente hay una evolución, hay una aspiración en la vida hacia la mejor vida, a la sobrevida, para sí mismo, para los demás, para su comunidad. Por tanto, se da esta aspiración.

Javier Elzo

Señor Grondin, usted considera que la existencia tiene un sentido en sí misma, que podemos percibir a través de nuestros sentidos. ¿No

podría ser considerado que el ser humano percibe la realidad como desea percibirla y como necesita percibirla, porque de lo contrario sería un absurdo y siente la necesidad de ser algo relevante en este universo?

Jean Grondin

En mi opinión, para empezar por lo último, podemos ser relevantes, ¿qué hay contra eso? Podemos hacer algo contra la pobreza, podemos cambiar las cosas. Por tanto, no veo el interés de decir que el hombre no puede hacer nada contra su condición, que hay que esperar a la muerte, que hay que esperar a la tragedia de la vida, todo va a ir mal, todo es una catástrofe, nada tiene sentido, etc. ¿Por qué? Podemos hacerlo mejor. Podemos vencer el mal. A veces se dice, por ejemplo, que la historia humana conduce a Auschwitz, ¡qué catástrofe humana!, millones de muertos, exterminación abominable que puede conducir a desesperar del humano... Hay inmensas tragedias, eso lo sabemos todos. Pero lo que me impresiona en esta historia es que Auschwitz *ha sido vencido*, el nazismo ha sido vencido. Podemos superar muchas formas del mal. Podemos humanizar el mundo, podemos darle sentido, podemos hacer progresos en el mundo, podemos rehacer paisajes en el mundo, podemos cambiar algo. Y de hecho, las cosas cambian. Hay formas del mal que podemos superar.

Y tampoco veo nada malo en decir que tenemos deseos. Deseamos el bien, deseamos lo mejor. Prefiero la paz a la guerra; prefiero el bien al mal; prefiero lo justo a lo injusto. ¿Qué hay de malo en eso? Yo veo el mundo según algunos ideales, según algunas esperanzas, pero que se nutren del sentido que ya encontramos en la vida. Encuentro sentido en la vida. Sin sentido seguro que lo hay, pero tal vez se pueda cambiar, tal vez se pueda hacer algo. Gracias al genio humano, gracias a la creatividad humana, gracias también a la ciencia, a la cultura humana, se puede cambiar algo. Somos seres de esperanza, somos seres que esperan el sentido.

Javier Elzo

Bueno todavía hay algunas preguntas más por aquí, pero no quiero que nos vayamos al final sin plantear un tema que sale en cuatro preguntas. Leo las cuatro, porque no es exactamente lo mismo, pero todas van en la misma dirección apuntando a una cuestión de tipo religioso al final. La primera dice: ¿La pregunta por el sentido es un camino ade-

cuado y eficaz para la cuestión de Dios? ¿Cómo sería ese camino? Otra pregunta dice: Dios creó el mundo y vio que era bueno. ¿Un escriba, del siglo VII antes de Cristo, ya lo sabía? Otra dice: No ha hablado usted de Dios. ¿No nos debe influir/afectar a los creyentes la existencia de Dios para analizar el sentido de la vida? Y leo la cuarta: El sentido de la vida que Sócrates convertía en esperanza puede conformar el deseo humano de eternidad? No sé si son demasiadas preguntas pero creo que todas giran en torno a la misma cuestión.

Jean Grondin

Son todas preguntas religiosas. Mi próximo libro girará en torno a este tema¹. Pero yo sólo quiero hablar hoy desde la perspectiva de la filosofía. Yo no soy teólogo, tampoco soy pastor ni sacerdote ni representante de una religión, ni rabino, ni soy secretario del partido comunista... no tengo una filiación. Como filósofo, uno busca las razones de las cosas, entender las cosas, ese es el enfoque de la filosofía, y Aristóteles decía que se entienden las cosas cuando se entienden sus razones. Y las razones son los sentidos de las cosas. Por tanto, yo sólo quiero mantenerme en el lugar de la consideración admirativa, es decir, mirar es «ad-mirar» el mundo en el que reconozco un sentido. Y mi primer cometido aquí es refutar a quienes sostienen que no hay ya sentido en el mundo, que el sentido sólo tiene que ver con nuestras construcciones. Por tanto, esta batalla ya está hecha.

En cuanto a Dios, ¿quién soy yo para hablar de Dios? Como decía Paul Ricoeur, lo voy a decir en francés y quizá algunos lo puedan entender: «Dios es aquel del que hablan los libros que mi deseo de escuchar mantiene abiertos»². Esos libros los mantengo abiertos, ya que son casi los mejores que hayan sido escritos. Esta es otra formulación de lo que llamo el sentido de la vida. Alguien decía antes que qué había de este sentido en el siglo VII antes de Cristo. Bueno, si hay que citar a alguien es a Heráclito, en el siglo V antes de Cristo. Heráclito decía, y con eso nació la filosofía, el profesor Ortiz-Osés lo sabe muy bien, que lo que dirige las cosas es un *Logos*, un gran *Logos*. No se sabe bien cómo traducir el término: unos dicen que es una «gran razón», otros que un «gran entendimiento», o un «gran sentido», «*ein grosser Sinn*». Pero Heráclito dice que los seres humanos no entienden muy bien qué sig-

¹ *La philosophie de la religion*, Paris, PUF, «Que sais-je?», 2009.

² Véase P. RICOEUR: *Anthologie*, Paris, Seuil, 2007, p. 201: Dios como «celui que nomment les textes que mon désir d'écouter tient ouverts».

nifica eso. Con todo, lo cierto es que ahí está esa idea de un gran sentido que atraviesa las cosas, que sólo podemos sentir, presentir. Y nada más en lo que me concierne. Y se puede expresar ya este sentido que se siente de manera religiosa. Esto es lo que quería decir cuando decía que este sentido del bien, de la aspiración al bien, ha sido configurado en las grandes religiones, que en este sentido son una reflexión sobre el bien. Sin embargo, a mi parecer, las religiones, en plural, porque hoy día es muy difícil privilegiar una sola, pues como se sabe, hay como unas diez mil confesiones religiosas en el mundo; ¿cuál es la verdadera?... es muy difícil responder a esa pregunta. Pero cada una a su manera, siempre limitada y siempre humana, es una reflexión en el sentido óptico del término, es decir, en el sentido de que en ella se refleja este sentido, este presentimiento del bien, de la aspiración al bien, de la esperanza del sentido que se nutre del sentido que ya trae la vida misma.

En cuanto al texto del Génesis, Dios creó el mundo «y vio que era bueno», en seis días, bien, eso es un error. Ahora sabemos que el mundo sí ha sido creado pero en una fracción de segundo... Vamos que Dios tenía prisa... Bueno es el Big Bang. Fue un sacerdote belga, Georges Lemaître, el que inventó esa idea del Big Bang que ahora es una teoría científica admitida.

Andrés Ortiz-Osés

Quizás era un Dios un poco miope, ¿no? Un poco miope un Dios que ve que el mundo era bueno...

Jean Grondin

El texto del Génesis es incluso como texto humano clave, pues hay muy pocos textos tan importantes como este para el entendimiento de nosotros mismos... Es la reflexión que dice que el bien dirige al mundo, a pesar de que no será siempre evidente, de que haya mal o el diablo si se quiere. Pero es algo que otorga sentido a nuestra experiencia del mundo. Esta es una reflexión importante y que hace vivir, que regala esperanza. Por consiguiente, necesitamos estos textos.

Sí, sí. Para mi es una reflexión filosófica muy importante, semejante a la de Platón y Aristóteles, que prefiero citar aquí porque son filósofos y no afirman esta tesis de forma religiosa. Esto es lo que dice Platón: todas las cosas se dirigen hacia su bien, cualquier bien. Este perro busca siempre lo mejor: su nariz busca siempre lo bueno, está cons-

tantemente oliendo, a ver qué es interesante, esto huele bien, esto no, dónde hay calor, dónde hay comida, dónde hay posible pareja, etcétera. Tiene un buen sentido para todo eso un perro. Busca siempre lo bueno para él y su raza. Esa es una capacidad de sentir las cosas. Pero lo que quisiera decir es que Platón y Sócrates dicen que todos los seres aspiran a lo mejor, aspiran al bien. No solamente los animales, las flores, que durante el día se abren para disfrutar del sol y por la noche se cierran porque no hay sol y así protegen su sistema de reproducción contra el frío, el viento, la lluvia y todo eso.

Entonces, aquí también hay una aspiración al bien. Pero Platón dice que el bien mismo supera todas nuestras fabulaciones posibles. Es decir, no se puede decir en qué consiste el Bien. Hay que tener cuidado. Se da esta aspiración al Bien, pero sobre en qué consiste el Bien hay muchas teorías, hay muchos partidos que defienden su concepción del Bien. Pero el Bien en sí mismo es algo trascendente que no se deja reducir a una única formulación humana. Hay muchísimas, algunas que son muy buenas como la fórmula del Génesis o la fórmula de Platón, que no es tan mala y muchas otras formulaciones. Congar dice que hay que acabar con la explotación de los seres humanos, de los proletarios, esta es otra buena formulación, es otra esperanza en el bien. Y entonces, todas esas formulaciones hay que verlas como reflexiones del sentido de la vida, que presupone un Ser.

Javier Elzo

Hay una pregunta que dice así «Aunque no se ha referido directamente a esta cuestión, el ser humano puede dejar de considerar que tiene sentido su existencia. Desde un punto de vista filosófico, ¿considera usted que el Ser, considerado como inteligencia autoconsciente, podría también dejar de considerar que su esencia tiene sentido y pensar, definir y ejecutar el suicidio, como ocurre por ejemplo con algunos seres humanos? Bien, la otra pregunta viene a decir lo mismo: ¿Qué explicación puede ofrecer la filosofía a que los seres humanos seamos los únicos seres vivos que se planteen, a veces con gran frustración, la necesidad de un sentido de la vida? ¿cómo se explica el miedo a la muerte?

Y esta que está en inglés básicamente viene a decir que usted no se ha referido a la política; parece que usted se preocupa mucho más por el naturismo. ¿Podría aclarar por qué ha olvidado prácticamente hablar de la política en su conferencia? Pero, vamos a la pregunta anterior.

Jean Grondin

Sí, efectivamente. La cuestión que se plantea es un tema muy grave. ¿Por qué se suicida alguien? Porque juzga que eso es mejor, que tiene más sentido que vivir. Entonces, el suicidio en sí mismo es una paradoja, totalmente. Viene de una reflexión sobre el sentido, sobre el sentido de la vida. Alguien cree tanto en el sentido de la vida que queda totalmente decepcionado por el sinsentido.

Esta la primera contradicción vital en este caso: que las expectativas de sentido son tales que uno queda decepcionado, y obviamente nadie puede ser decepcionado si no cree en el sentido, por supuesto. Y en el acto mismo hay una contradicción específica de sentido. Como decía antes, se entiende que eso es *mejor*. Alguien que se suicida tiene el sentido de lo mejor, del bien, de lo que es sensato, de lo que tiene más sentido. Y en ese caso tiene más sentido, cree él, suicidarse, resulta mejor. Pero la paradoja es que así, uno acaba de existir en el mismo acto de suicidarse. Por tanto hay una contradicción. Pero la reflexión misma presupone el elemento del sentido. Por esa razón, ¿qué se hace con las personas que quieren suicidarse? Hay que hablar con ellas, recordarles el sentido de sus propias acciones, de su propia reflexión y llevarlas a redescubrir el sentido que ya hay en la vida. Por eso hay amigos, familia, hay un servicio de teléfono de ayuda para estos casos. Y excluyo aquí los suicidios que tienen sentido en sí mismos, como cuando alguien sufre una enfermedad, ¿cómo se dice?... crónica o terminal, el suicidio asistido y otras problemáticas en las que tiene sentido acabar con la vida. Eso es otra reflexión. O el suicidio por sentido del honor, como el de alguien a quien van a torturar, el prisionero de guerra que se va a suicidar en lugar de hablar, eso es un suicidio que tiene un sentido más grande que la vida misma. Bien, se dan todos estos casos.

Pero yo pienso que es necesario hablar del sentido de la vida para ayudar a toda esa gente, para ayudar a la generación joven que dice que no hay sentido, que no merece la pena vivir. Y por eso hago mi trabajo. Hay que redescubrir este sentido que no es el de los discursos y que tal vez se esconde.

Y en cuanto a la pregunta sobre la política, como filósofo tomo una cierta distancia con la política «politicienne», porque la política que tiene sentido, la política que cambia las cosas, la política que acaba con el sufrimiento, la política que merece la pena, no es la común. Los políticos que admiro, que todo el mundo admira, son gente como Nelson Mandela, Ghandi o Lec Walesa. Son gente que verdaderamente han dado algo al mundo. Pero la política que queda al nivel de los discursos

sos, de las luchas de poder, eso no me interesa en lo más mínimo. Saber cuántos diputados hay, cuál es el índice de popularidad de este jefe de gobierno... ¡ay! El mes pasado ha bajado tres puntos, ¡ah!, bueno, el otro sube tantos otros... Esto no tiene ningún encanto para mí porque este aspecto de lucha desilusiona. Desilusiona y conduce a distraernos de los fenómenos y tareas reales de la polis.

Javier Elzo

Bueno, pues muchas gracias. Estoy seguro de que todos estamos deseando leer esa ética que se ha mencionado antes, una ética que como dice Andrés Ortiz-Osés consiste en el anhelo del bien, el cual sería el horizonte de nuestro sentido compartido. Este es el fondo del pensamiento de Jean Grondin, y creo que nos puede ayudar mucho en nuestro momento cultural algo desleído.